



EL DUENDE VERDE

Jordi Sierra i Fabra

¡¡¡LAMBERTOOO!!!

Ilustración: Javier Serrano

1

EN realidad aquel día tenía que haber sido muy distinto.

Tanto y tanto, que a Lamberto no le quedó la menor duda, después de analizarlo todo detenidamente, de que la culpa, muchísimo más que la mala suerte, era de la tele.

Bueno, mejor dicho, de la avería de la tele.

¡Vaya forma de empezar unas vacaciones de Navidad! Eran las siete de la tarde cuando el dichoso aparato hizo:

—Pffff...! pffff... zzzz...! —y luego—: ¡Plof!

Así se quedó.

Lamberto no tuvo más remedio que irse a su habitación, aburrido, mientras su madre llamaba al servicio urgente de reparaciones, donde le dijeron que había cola y se lo tomase con calma. El rumor de la amargura de Lamberto se expandió por todos los rincones de su ser.

Y es que las vacaciones de Navidad no podían presentarse peor. Primero la inoportuna gripe de Sebas, su mejor amigo. Estaba fuera de combate. Luego lo de Paco y lo de Jaime. Paco se iba a pasar



las navidades a casa de sus abuelos, que vivían en Barcelona y Jaime tenía que irse con sus padres al apartamento que habían comprado en la Costa Brava. Un vago intento de ser invitado fue repentinamente cortado por los padres de Jaime, que recordaron —¡hay que ver qué memoria tienen los mayores!— el fin de semana que pasó con ellos en agosto —¡o sea hacía muchísimo tiempo!—. ¿Qué culpa tuvo él de dejarse el grifo de la bañera abierto y de que se inundara el piso de abajo? Esas cosas le pasan a todo el mundo. Y lo de la batalla de tubos de pasta de dientes... ¡Bueno, ni siquiera se dieron cuenta de que había pasta por todas partes! En cuanto a lo de olvidarse el reloj y llegar tres horas tarde, cuando ya la guardia civil se disponía a peinar la zona para buscarlos...

En fin, ¿para qué recordarlo? Lo cierto es que el grupo estaba deshecho y que las vacaciones llevaban traza de ser muy aburridas. Y ahora lo de la tele.

Lamberto comenzó a pensar que le perseguía un mal hado.

Porque a su padre tampoco le sentaron nada bien el par de cates de la última evaluación, y eso sí era peligroso teniendo encima la Navidad y los Reyes. Su padre le dijo a mediodía:

—¿Tú qué quieres, matarme a disgustos?

Pensó si matar a un padre a disgustos era lo mismo que dispararle una flecha o algo así, y no estuvo seguro de si la policía le detendría por ello.

—No —reconoció sinceramente.

—Pues entonces, a ver qué hacemos ¿eh? Mira que tengo la mosca más arriba de la nariz.

Eso sí era lógico, porque su padre era calvo y presentaba una maravillosa pista de aterrizaje dedicada al interés de las moscas coronando su persona.

Total, que puestas así las cosas, sólo le faltaba la tele estropeada.

Desde el centro de su habitación miró las cuatro paredes, atestadas de estantes atestados de cosas amontonadas atestadas de polvo, porque la mujer de la limpieza se había negado a entrar allí dentro —la leonera lo llamaba ella— hasta que él mismo lo arreglara un poco. ¿Qué hacer? Menuda perspectiva. ¿Los juegos? Recordaba haber jugado un millón de veces con cada uno. ¿Los tebeos? Se los sabía de memoria. ¿Los libros? Sí pero... en fin, que no era su mayor alegría en un momento como aquél.

Y a pesar de ello cogió algunos volúmenes. Nunca llegó a saber qué le atrajo a hacerlo, qué misteriosa fuerza le empujó. Cogió los de la estantería de arriba, que eran los más antiguos, de cuando era un crío y, por tanto, los que menos recordaba. Fue de esta forma como empezó a mirar ilustraciones y acabó enfrascado en la lectura de los pies de las mismas, que más o menos seguían el hilo de la historia.